

## **PREGÓN SEMANA SANTA OVETENSE 2018**

Adolfo Mariño Gutierrez, Abad de Covadonga

**Sr. Presidente de la Junta de Hermandades y Cofradías, Hermanos Mayores,**

**Señoras y Señores:**

En este año 2018 la Semana Santa ovetense tiene un color especial: está enmarcada en un triple centenario. Celebramos los trece siglos de los acontecimientos acaecidos en Covadonga (batalla, nacimiento del Reino de Asturias, comienzo de la unidad de España y una de las raíces cristianas de Europa), el primer centenario del Parque de Covadonga (hoy llamado de los Picos de Europa) y también el primero de la Coronación Canónica de la Santina.

Covadonga es el pulmón espiritual del Principado y desde esa montaña sagrada todos recibimos gracia tras gracia. Al amparo de la Madre de Dios nuestro pueblo ha ido entretejiendo su historia y su fe en el marco inigualable de la naturaleza, regalo de un Dios que nos la ofrece para recrear nuestra mirada y nuestra vida interior.

Desde la montaña del Auseva los monarcas del nuevo Reino no tardaron en asentarse en Oviedo dándole esplendor y belleza con sus iglesias, palacios, las cruces de la Victoria y de los Ángeles o el prerrománico, único en el mundo, custodiado con mucho esfuerzo y disponible siempre para el disfrute de quienes nos visitan. Desde esta ciudad y bajo el reinado de Alfonso II el Casto hubo un hecho que le dio resonancia mundial: el hallazgo de la tumba del Apóstol Santiago en 813, descubierta por un ermitaño que siguió un intenso resplandor en el cielo. El rey Alfonso fue, según se dice, el primer peregrino, al marchar desde Oviedo a visitarla. El lugar se convertiría, junto a Roma y los Santos Lugares, en el gran eje del peregrinaje mundial. Ese Camino de Santiago tiene una cita obligada para los peregrinos que, desde Santo Toribio, se acercan a Compostela: la ruta de Covadonga.

Estos datos, amén de otros muchos, evidencian la relación que desde los orígenes del Reino Astur tuvo Covadonga con Oviedo. Siempre

vivieron en estrecha relación y, por supuesto, siempre se necesitaron. Porque la ciudad es la sede episcopal y desde el Santuario se vive esa comunión con quien nos preside en la fe y en la caridad.

Covadonga es el trono de la Madre de Dios desde el que día y noche vela por sus hijos. Me atrevo a decir que la vitalidad de la vida diocesana guarda estrecha relación con la Santina a la que acudimos para que nos acompañe y anime en nuestro trabajo pastoral. Nuestros obispos han llevado siempre en el corazón a la Santina y a ella acudieron y acuden con frecuencia para buscar el consuelo y la ayuda divina por la mediación de la Virgen. Y Oviedo, según estudios sociológicos recientes, es la ciudad con mayor número de devotos que se acercan en cualquier época del año a postrarse ante la Madre y Reina de nuestra montaña. Pero hay algo más que nos une: después del incendio de la Santa Cueva en el año 1777, donde todo quedó destruido, el Cabildo catedralicio donó la imagen que hoy conocemos y veneramos. Una prueba más de cercanía entre el Real Sitio y vuestra ciudad.

Dicho esto, agradezco a la Junta de Hermandades y Cofradías de Oviedo la deferencia que han tenido este año con Covadonga. Saben que el Papa Francisco nos regaló un Año Jubilar Mariano y nos han dado espacio para que desde esta tribuna, por donde han pasado insignes personajes, seamos pregoneros de la Santa Semana que ya está a la puerta. Gracias en nombre del Cabildo Capitular y de los que en todo instante sirven al Santuario (religiosas, empleados y escolanía). Gracias por este gesto.

Pregonar es mi propósito en esta tarde. Y el anuncio es éste: que Alguien, Jesús de Nazaret, el Dios encarnado, el que vivió en un tiempo y en una historia concreta, muere de amor y por amor. Una muerte de cruz, el castigo de los malhechores. Y una muerte fuera de la ciudad, fuera de sus raíces, de sus amigos, del territorio que bien conocía. Fuera del templo (el amor de los amores para el pueblo judío), fuera de todo y de todos. Así hacían con los bandidos, entre los que se encontraba Él, junto a otros dos que lo acompañaron en la agonía y en la muerte.

¿Por qué condenaron a Jesús?, ¿qué delito había cometido para tener esa muerte horrible e ignominiosa? Sólo hay una respuesta: estorbaba a los de arriba (a reyes y gobernadores, sumos sacerdotes, representantes del pueblo romano, letrados, fariseos) y a los de abajo, es decir, a ese pueblo que se contentaba con circo y pan. Su mensaje de amor y misericordia, su proyecto de vida plasmado en las bienaventuranzas, su derribar muros y hacer, en aquel entonces, un mundo sin fronteras, globalizado, un mundo soñado por el buen Dios, no encajaba en sus planes, no lo podían consentir. Hablar de la ley del amor poniendo en evidencia las normas y preceptos que tiñen la vida, pero no la empapan, era un insulto a la tradición de sus mayores. Hablar de que la felicidad se consigue no por lo que se tiene sino por lo que se es, no era asumido ni aceptado. Y, ¿qué decir de esa lógica de Dios?: “los primeros serán los últimos, el que se humilla será enaltecido, el perder para ganar, el pudrirse como el grano de trigo para dar frutos”. Este mensaje revolucionario desestabilizaba y no entraba en sus esquemas.

A estas alturas de mi intervención quiero preguntaros: ¿ocurre algo parecido hoy?, ¿se dan estas situaciones? Para responder es necesario mirar a nuestro alrededor y preguntarnos qué sociedad estamos construyendo, qué panes y circos nos alimentan, qué proyectos y caminos se nos ofrecen. Es evidente que vivimos en una sociedad cada vez mejor formada, pero a la vez necesitada con urgencia de unos valores alternativos más fuertes; una sociedad cada vez más compleja y más híbrida. Esta modernidad líquida en un tiempo sin certezas (así la llamaba Zygmunt Bauman, Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en el año 2010) nos puede llevar a la pérdida del rumbo moral, a la ausencia de unos principios éticos de validez universal y perenne. Ante este panorama es necesario tomarnos el pulso, hacer un chequeo interior para responder a estas situaciones cada vez más frecuentes, para sanar las heridas, para abrir caminos de esperanza, para dejar que Dios sea Dios en nuestra vida y en nuestro mundo concreto. De lo contrario, Cristo seguirá subiendo al calvario: Él y muchos que con sinceridad de corazón lo siguen en estos momentos. Y el hombre, pretencioso y altanero, se erigirá en un dios de barro que construirá un mundo ideologizado y sin rumbo.

A este pueblo, a nosotros, hoy Jesús nos interroga por medio del salmista: “Pueblo mío, qué te he hecho?... ¡ respóndeme!” . Y el pueblo callaba y, arrastrado por los que tenían intereses mezquinos, gritaba con más fuerza...¡crucifícale!

En esta sociedad secularizada donde se pretende ocultar a Dios, donde se nos dice que “lo nuestro” hemos de vivirlo de puertas para adentro, privadamente, donde estorbamos porque la fe pone en evidencia las injusticias y los abusos de poder, suenan bien las palabras de Jesús en la ciudad santa de Jerusalén donde pocos días después iba a ser crucificado: “si vosotros calláis, gritarán estas piedras” (Lucas 19,40). Son palabras que nos han de interrogar y que exigen de nosotros una toma de postura valiente. Él arriesgó por nosotros, Él nos amó hasta el extremo, y a nosotros, en esta tarde, nos pasa el testigo para que decididamente hagamos lo mismo.

La pasión y muerte de Jesús, acontecimientos que viviremos con respeto y recogimiento dentro de unos días, se dieron en Él y en muchísima gente que hoy padece las consecuencias de un mundo que construye becerros de oro, ídolos que hechizan el corazón, pero que desencantan al poco tiempo a aquellos que los veneran. Sí, Dios sigue hoy muriendo donde sobreabunda el hambre, donde los emigrantes no son acogidos o donde se miran de reojo porque, según dicen, nos vienen a quitar el pan. Dios sigue muriendo donde la vida no es respetada, donde los cristianos son perseguidos por fundamentalismos religiosos o políticos, donde las ideologías cercenan y decapitan los mejores valores de nuestros conciudadanos, donde los derechos y libertades se respetan sólo en aquellos que piensan y sienten como yo. El Nazareno, el buen Jesús, sigue muriendo donde la familia es la diana principal de quienes pretenden crear un mundo al revés

Dios sigue llevando sobre sus hombros, como buen cirineo, el escándalo de la violencia de género y la corrupción de aquellos que sin escrúpulos sobornan y roban el pan y la dignidad de tantas personas que lo padecen, donde el ser humano es un instrumento a manejar con facilidad, embaucándolo con falsas promesas.

Las celebraciones de la Semana Santa y las procesiones que con tanto esmero trabajan durante el año las cofradías y hermandades pueden ser, si se viven desde la hondura de la fe, una denuncia profética y pueden poner voz y rostro a los que en silencio sufren en tantos lugares del planeta.

Oviedo, con sus señeros palacios y caserones que nos hablan de épocas de esplendor, será testigo y acompañante de esos pasos austeros y de buena factura. No son espectáculo ni reclamo para el turismo, ni recuerdos rancios de otros tiempos. Procesionar es otra cosa: es mostrar a creyentes o no la verdad de una vida entregada. Es ofrecer una hermosa catequesis que puede remover entrañas y convertir corazones si todo se hace con seriedad y fervor. No es mirar para el pasado ni pretender “tomar las calles” para que los viandantes contemplan, unos con admiración y otros con desprecio, obras de arte trabajadas por escultores que pretenden plasmar los últimos momentos de la vida de Jesús.

Nuestras autoridades, sean quienes sean y piensen como piensen, han de sentirse orgullosas de que un grupo de creyentes, con sus luces y sus sombras, hagan posible que Vetusta viva intensos momentos de religiosidad popular. Una religiosidad que no se ha de despreciar, porque en ella se transmite la fe de un pueblo que, generación tras generación, ha sabido vivir y leer los acontecimientos de cada día a su luz.

A los hermanos cofrades he de recordarles que hay un después de cada Semana Santa. ¡Qué triste sería si todo el esfuerzo se redujera a portar los pasos y a los adornos florales! Ser cofrade, hermano con otros, exige purificar la fe, vivirla coherentemente, hacer de ella una realidad confesante y no vergonzante. Lo que creemos hemos de compartirlo con los demás, “lo que gratis recibimos, gratis lo hemos de dar”.

Los creyentes no somos de segunda fila ni podemos acomplejarnos ante los que ridiculizan nuestra vida cristiana. Hemos de vivir una fe fresca, renovada, ilustrada, puesta al día. Una fe que ha de empaparnos y expandirse en cualquier ámbito de la sociedad. Una fe comprometida con los más pobres (esa es una misión fundamental de las hermandades) y con la Madre Iglesia poniéndose a su disposición para revitalizar las

comunidades de pertenencia. Una fe que tiene que ser atractiva y exigente para que las nuevas generaciones pasen de la indiferencia a la acogida cordial.

En vuestra ciudad, en la que viví muchos años y en la que disfruté en mis tareas pastorales, siempre fueron de la mano el poder civil y el eclesiástico. Todo Oviedo nos habla de la aportación de la Iglesia desde tiempos inmemoriales. Y aunque tiene esa pátina clariniana, sin la que Oviedo no se entendería, la colaboración, el diálogo y el soñar y proyectar juntos, van en la esencia de este pueblo y es la clave para hacer de este terruño, de "este Oviedin del alma", una realidad próspera y con futuro. Lo contrario, nos empobrecería a todos y, unos y otros, no serviríamos con altas miras a aquellos a los que nos debemos por entero.

La muerte de Jesús no es el final del camino. No podemos quedarnos en duelo ni convivir vivir constantemente con el luto. No todo se acaba en la cruz del Señor. Y, una vez más, la Santina, la de rostro sereno, dulce y acogedor a pesar del dolor, la soledad y la amargura, nos sigue invitando a la esperanza. Nos dice que hay un después, un día, el más bello, el de la Pascua, que anuncia cielos nuevos y tierra nueva. Un día más radiante que el sol y que grita a los cuatro vientos que la muerte ha sido vencida y que, desde esa vida nueva que el Señor nos regaló, todo puede ser posible y todo puede hacerse de otra manera.

Mientras, la Virgen espera y es modelo de la Iglesia que anhela la resurrección. Día de espera y alboradas nuevas, de días gozosos, de presencias aromadas del Resucitado en nuestra vida. Si hay noches oscuras, hay también alboradas luminosas, hay siempre un tercer día en que Dios cumple sus promesas y se hace presente más allá de nuestras esperanzas y de nuestros deseos, como en el alba de la Resurrección.

Ella, Madre del dolor y de la soledad, nos acompañará siempre en ese Emaús permanente, donde su Hijo se hace el encontradizo para que arda nuestro corazón, mientras conversa discretamente con nosotros. Y ella, Madre de los que sufren, pide cirineos para ayudar a esta humanidad herida y masacrada. Y nos recuerda que esa una de nuestras tareas, una más de las que el Dios de la vida pone en nuestras manos.

En este Año Santo Mariano me dirijo a la Santina con estos pensamientos: Señora de la Piedad, por tu Hijo muerto, concédeles a todas las madres ser siempre playas abiertas para recibir a sus hijos, vengan como venga, después de las tormentas y los naufragios de su vida. Y anima, Señora, a los hijos, estén como estén, a regresar a la playa de la madre. Tu regazo es playa, Madre, pero también es astillero donde se recomponen los barcos y los navíos maltrechos por los temporales. Hoy quiero traer a tu astillero la barca de tu Hijo Jesús, la nave de su Iglesia. Calafatea su casco, endereza el timón, pon en norte la brújula, planta bien los palos y recose las velas. Ya lo has hecho mil veces, que sea otra vez. Ayer por tu Hijo, hoy por nosotros y tu iglesia. Y tú siempre la Piedad, con tu regazo abierto.

Deseo para esta ciudad entrañable y acogedora una feliz y santa Semana y una Pascua florida sin ocaso.